

DESPOJOS PARA UN LUNES

DE HUGO ABRAHAM WIRTH

PERSONAJES

Eleuterio

(28 años. Vive en el departamento con zotehuela)

Margarita

(40 años. Vive con su hija en el primer piso)

Romina

(14 años. Vive con su madre en el primer piso)

Julio

(26 años. Vive solo en el primer piso)

Bertha

(25 años. Vive sola en el primer piso)

Morian

(23 años. Intruso)

Tania

(27 años. Ex pareja de Eleuterio. Visitante)

PREÁMBULO

Un cenital ilumina un área muy pequeña al centro del escenario. Sólo se ven globos de diferentes colores colgados de un lado a otro por medio de un hilo casi transparente. Eleuterio está sentado, inflando globos. Tania está de pie frente a él. Trae una bolsa de mano y viste uniforme de una tienda departamental.

Tania: ¿Cuántos globos vas inflar?

Eleuterio: Un paquete más.

Tania: ¿Y dónde piensas ponerlos?

Eleuterio: Unos en el piso, otros en la puerta de entrada... Así... Formando una estrella para que todos sepan que hay una fiesta. Otros en la pared. Otros en el piso para que Daniel los reviente, los pateé o lo que quiera...

Tania: Es peligroso. Se puede caer.

Eleuterio: Yo lo voy a cuidar.

Tania: No quiero que pongas globos en el piso.

Eleuterio: Pero a él le gusta patearlos.

Tania: Se puede caer.

Eleuterio: ¿Crees que no soy capaz cuidarlo?

Tania: No eres capaz de nada, ni de ordenar tu casa. Hace dos semanas que te mudaste aquí y aún tienes cajas amontonadas en la sala, no tienes muebles, el lugar está sucio...

Eleuterio: ¿A qué viniste?

Tania: A supervisar.

Eleuterio: ¿Y quién eres tú para supervisarme?

Tania: La madre de tu hijo.

Eleuterio: Y supervisar significa criticar todo lo que hago.

Tania: Me preocupa la seguridad del niño.

Eleuterio: ¿Y si algo no le gusta a la supervisora?

Tania: No voy a traerlo.

Eleuterio: ¿Serías capaz?

Tania: Sí. Lo único que me importa es que Daniel esté bien. No quiero que le sigas arruinando la vida.

Eleuterio revienta un globo y se levanta. Tania retrocede unos pasos.

Eleuterio: Hoy va a haber una fiesta para celebrar el cumpleaños de mi niño. Va a ser una fiesta perfecta.

Tania: Tengo que asegurarme de eso.

Eleuterio: Habrá sándwiches, una alberca, globos de colores, muchos invitados...

Tania: Muchos invitados... ¿Y dónde piensas meterlos? Apenas cabemos tú y yo en este lugar.

Eleuterio: Habrá gente en todo el departamento...

Tania: ¿Y quiénes son tus invitados?

Eleuterio: Los vecinos.

Tania: ¿Quiénes son los vecinos? No conozco a ninguno ¿cómo voy a estar segura de que los vecinos son buenas personas?

Eleuterio: Han sido muy amables conmigo.

Tania: Sí, claro... ¿Cómo se llaman? ¿A qué se dedican?

Eleuterio: ¿A qué hora vas a traer a Daniel?

Tania: Contéstame. *(Pausa.)* Te apuesto a que no has invitado a nadie.

Eleuterio: Déjame intentarlo. Estoy tratando de hacer las cosas bien. Será como tú digas. Si quieres no invito a nadie, ordeno la casa, pongo los globos donde tú quieras pero déjame estar con él.

Tania: ¿Qué te pasa, Eleuterio? Me asustas.

Eleuterio: Estoy cambiando ¿no ves? Trato de recuperarlos.

Tania: Ya no puedes recuperarlos.

Eleuterio: Te entiendo... Sé que es difícil creerme... ¿Te gusta el departamento?

Tania: No me cambies el tema... *(Pausa.)* Sí, no está mal... Al menos hay un lugar dónde lavar la ropa.

Eleuterio: Es el departamento más grande... Mira, puedes tender la ropa donde estoy poniendo los globos, los demás inquilinos tienen que poner lazos dentro de su departamento o gastar en lavanderías. El baño es grande, la recámara es muy cómoda...

Tania: Tengo que ir a trabajar.

Eleuterio: ...vamos a estar muy bien aquí... Daniel puede jugar con la pelota...

Tania: No te hagas ilusiones, Eleuterio. Sólo habrá una fiesta.

Eleuterio: Puedes quedarte cuando quieras.

Tania: Lo que menos quiero es estar contigo. *(Tania se dispone a salir.)* Mañana tengo que trabajar. Traeré a Daniel antes de irme.

Eleuterio: ¿A qué hora?

Tania: No sé... temprano.

Eleuterio: Temprano.

Tania: Sí.

Eleuterio: Extraño cuando íbamos a trabajar juntos a la misma tienda.

Tania: Escúchame. Nada de alcohol, pocos globos, no más de cinco invitados, ordena y limpia el lugar, nada en el piso, guarda la pornografía que tienes en el baño, aséate, no hagas bromas y, por favor, no te alteres.

Eleuterio: Todo será perfecto. Ya verás.

Tania sale. Eleuterio vuelve a sentarse, toma un globo y empieza a inflarlo.

Cuando ya está lleno de aire (casi para reventar), Eleuterio va sacándole el aire poco a poco, produciendo un ruido muy agudo, mientras que con los pies va reventando globos que hay en el piso. Al mismo tiempo va diciendo groserías casi inaudibles. Oscuro.

ACTO I

No por mucho madrugar...

1. La ventana de la izquierda.

Se ilumina sólo la parte izquierda del escenario. Pequeña sala. Hay un sillón de una pieza en el que está subida Romina, apoyada en la ventana. Al lado hay una pequeña mesita de centro con muchas cosas encima (frascos de pastillas, galletas, platos, tazas sucias). Romina se asoma hacia abajo (es importante que el espectador no pueda ver nada más.) Romina viste ropa de dormir. Margarita está parada, observando a Romina, con una taza en la mano.

Margarita: ¿Ya desayunaste?

Romina: No. Me acabo de levantar.

Margarita: Vístete. Vamos a comprar algo.

Romina: Parece que va a haber fiesta.

Margarita: ¿En dónde?

Romina: Con el vecino de abajo.

Margarita: ¿Y a ti qué te importa que el vecino haga una fiesta? Nadie te invitó. Ya vístete.

Romina: Desde muy temprano empezó a hacer ruido poniendo clavos y reventando globos. Ya puso tres hileras en su zotehuela.

Margarita: No es suya.

Romina: Si no es suya, ¿por qué va a hacer una fiesta?

Margarita: Porque es un descarado.

Romina: Yo no le veo nada de malo.

Margarita: En otras condiciones, sería de lo más normal. Pero dadas las circunstancias, me parece una burla.

Romina: ¿Qué circunstancias?

Margarita: ¿No ves?

Silencio.

Romina: A mi me gusta que los vecinos hagan fiestas.

Margarita: Ponte algo bonito. No me gusta que salgas fodonga aunque sea domingo.

Romina: No quiero desayunar, tengo náuseas.

Margarita: Tienes que comer algo. El desayuno es importante. ¿Quieres barbacoa?

Romina: Prefiero unos huevos.

Margarita: Los domingos siempre se me antoja la barbacoa. No quiero salir, estoy cansada.

Margarita: Cómo no vas a estar cansada si anoche te largaste a una fiesta.

Romina: No empieces.

Margarita: ¿A qué hora llegaste?

Romina: Antes de las dos, como te había prometido. ¿No escuchaste cuando llegué?

Margarita: No, tenía mucho sueño.

Romina: O tomaste demasiadas pastillas.

Margarita: Cansancio. Sólo eso. ¿Por qué llegaste a esa hora?

Romina: Lola bailó el vals a las doce de la noche, partió el pastel a la una y media y... Parece que va a ser una fiesta de niños. Este fin de semana ha sido de puras fiestas.

Margarita se asoma a la ventana.

Margarita: ¡De niños!

Romina: Yo quiero ir.

Margarita: ¡Estás loca! ¡De niños!

Romina: ¿Por qué te enoja tanto que el vecino haga una fiesta?

Margarita: Está prohibido hacer fiestas en el edificio y sobre todo para niños.

Romina: Quiero ir, quiero ir, quiero ir, quiero ir...

Margarita: Sssshhhh...

Romina: Quiero ir, quiero ir, quiero ir...

Margarita: Mira, nenita... Romi...

Romina: Quiero ir, quiero ir, quiero ir...

Margarita: Hija de la chingada... ¡Cállate!

Romina: ¡Mamá! ¡Son las siete de la mañana y ya me estás gritando! Espérate a que den las ocho.

Margarita: Perdón. Escucha. No fue mi intención. Será mejor que nos calmemos.

Romina: Cálmate tú, yo tengo la menopausia.

Margarita: No estoy menopáusica.

Romina: ¿Entonces qué te pasa? ¿Es la falta de sexo? Deja de gritarme al menos una hora después de que te levantes.

Margarita: Lo siento. Es que a veces... Me alteras... Pero somos amigas, ¿verdad? Las amigas no se gritan. Se comprenden. Y no es la menopausia, ni la falta de sexo. Sólo hay que escucharnos.

Romina: Sí, mamá.

Margarita: Quiero que observes bien este lugar. ¡Observa tu casa!

Romina se sienta y observa el lugar detenidamente.

Romina: Sí. ¿Y?

Margarita: ¿Crees que es grande?

Romina: No. Yo siempre te he dicho que es un lugar muy pequeño.

Julio: Por supuesto que es pequeño. No deberíamos estar viviendo en esta mierda. Le rogué, le supliqué a ese imbécil que nos rentó el lugar que nos diera el departamento de abajo, con la zotehuela. ¿Y qué me dijo?

Romina: Que estaba ocupado.

Margarita: ¿Y qué le pedí?

Romina: Que nos avisara en cuanto lo desocupara.

Margarita: Necesitamos más espacio. Si tuviéramos zotehuela sería distinto. Si tuviéramos un cachito más...

Romina: Podríamos vivir a gusto. Y harías mi fiesta de quince años en la zotehuela.

Margarita: Claro. Tus quince años. Imagínate, tú bailando en la zotehuela mientras todos te observan desde su departamento, emocionados. No tendríamos que rentar un salón ni hacer la fiesta en la calle.

Romina: Tendrían que ser pocos chambelanes. Lola tuvo seis.

Margarita: Guapos y que bailen bien.

Romina: Seis son muchos.

Margarita: Con dos es suficiente. El vestido muy sencillo, sin tantos holanes.

Romina: Color azul.

Margarita: Rosa. Siempre son rosas.

Romina: Yo quiero azul.

Margarita: Esa va a ser la única oportunidad de ponerte un vestido rosa, de princesa. Los azules son para otras cosas. Y no muy voluminoso porque no cabrías en la casa.

Romina: Aún hay tiempo. Lo voy a pensar.

Margarita: Pero no podremos hacer nada en la zotehuela porque ahora resulta que el cabrón administrador no me avisó y se lo rentó a UNO que no lo necesita como nosotros y que tiene el descaro de armar la gran fiesta.

Romina: Mamá.

Margarita: Por eso me altero, por eso no me gustan las fiestas...

Pausa.

Romina: ¿Vas comprar barbacoa?

Margarita: Voy a dormir otro poco.

Romina: Ándale, ya se me antojó. Tengo mucha hambre.

Margarita: Quedémonos aquí. El otro día compré unas pastillas que te quitan el hambre. Ese será nuestro desayuno.

Romina: ¿Sabes quién estuvo en la fiesta?

Margarita: Deben estar por algún lado.

Romina: El muchacho de la ventana de enfrente. Al que descubriste espiándome con unos binoculares.

Margarita: Aquí están. Ya no tendremos que salir.

Romina: Fue novio de Lola. Yo no sabía que a un chavo de esa edad le gustaran las niñas como nosotras.

Margarita: Ten, tómate dos.

Romina: Se llama Julio y creo que me gusta...

Margarita: Qué bueno. Romina, no tengo ánimo para escuchar las frivolidades de una adolescente. *(Margarita le da dos pastillas a Romina. Ella se las toma y después Margarita hace lo mismo. Abraza a Romina.)* Te ves muy bonita esta mañana.

Romina: ¿De verdad me veo bonita?

Margarita: Sí, mi chiquita.

Romina: ¿Cómo que bonita?

Margarita: Pues... así, bonita... Casi una señorita...

Romina: ¡Qué chistoso! Anoche perdí la virginidad. Debe ser por eso.

Romina se separa de su madre y sigue asomándose hacia abajo. Margarita trata de ocultar su desconcierto y da sorbitos a su taza con café. Silencio.

Margarita: ¡Bien! Voy a cambiarme.

Romina: ¿No me vas a preguntar cómo fue?

Margarita: Eso es algo muy privado. Ya sabes que como buena madre-amiga siempre respeto tus decisiones porque sé que no eres tonta y sabes lo que haces. Te tengo absoluta confianza y espero que tú también me la tengas a mí.

Romina: Lo sé, mamá. Por eso te lo digo.

Margarita: ¿Te cuidaste?

Romina: No. Me mojé todo adentro. Aún siento que me escurre.

Margarita: ¡Díos mío! Deberías tomarte una de esas pastillas.

Romina: No. Quiero ser mamá.

Pausa.

Margarita: No digas tonterías, Romina. Eres muy joven.

Romina: Mira, el señor está sacando algo de una caja.

Margarita: Te estoy hablando.

Romina: Ya te oí. No soy una niña y sé lo que hago. A nosotras nos hace falta compañía.

Margarita: A mí no. Yo no quiero más compañía que la de mi amiga-hija. ¿Dónde quieres meter un niño? Tendríamos que mudarnos a un edificio con miles de niños jugando en las escaleras, en la azotea, hasta en el clóset. Con trabajos cabemos las dos aquí y los departamentos donde aceptan niños son más pequeños, y...

Romina: Podríamos hacer un espacio en algún lugar. Además, ya es demasiado tarde. Siento sus pataditas.

Pausa.

Margarita: Hija, sé que te he dado mucha libertad como madre, que he tratado de que seamos confidentes...

Romina: Desde que lees esas revistas se te metió la idea de la madre-amiga.

Margarita: Siempre lo he pensado. Sólo necesitaba una fuente que reafirmara mis ideas de madre moderna "soylamejoramigademihija"...

Romina: ¡No me importa! ¡Quiero un bebé!

Margarita toma a Romina de los cabellos y le da una fuerte cachetada.

Romina se incorpora haciendo pucheros y sigue viendo hacia abajo. Pausa.

Margarita: ¿Cómo quieres tus huevos?

Romina: Ya no quiero huevos.

Margarita: Voy por barbacoa, entonces.

Romina: No tengo hambre, ya me diste esas pastillas.

Margarita: Estás creciendo y es bueno que te alimentes.

Romina: Y más ahora que el bebé crece dentro de mí.

Margarita: Hoy no empezamos bien el día. Es mejor ir a dormir y más tarde lo intentaremos.

Romina: ¿Tú crees que sea niño o niña? Yo quiero una nena. Leí en una de tus revistas que si lo hacía días después de mi regla y si eyaculaban después de mi orgasmo, las probabilidades de que fuera niña eran muchas. ¿Qué es orgasmo, mamá?

Margarita: ¡Romina!

Romina: Quiero saber.

Margarita: Es algo que sientes.

Romina: ¿Cómo se siente?

Margarita: Calientito.

Romina: ¿Afuera o adentro?

Margarita: Adentro, muy adentro.

Romina: Entonces sí lo sentí.

Margarita: Pero no estamos hablando de eso.

Romina: Cuando nazca iremos al parque a hacerle su fiesta de cumpleaños.

Margarita: ¿Y cómo piensas mantener a un niño?

Romina: Es fácil. Así como tú me mantienes. Trabajaré por la mañana y por la tarde. Y mi bebé crecerá inevitablemente.

Margarita: No es tan fácil. ¿Sabes todo lo que he sufrido para que no te falte nada?

Romina: Tomaré pastillas como tú, para no sufrir. ¿Tú te acuerdas cómo fue?
¿Tuviste un orgasmo antes que mi papá?

Margarita: ¡NO ME LO MENCIONES! Iba a ser un bonito domingo. Hoy juega el Cruz Azul contra las Chivas y es lo que más me ilusiona del día. Hasta que el árbitro dé el silbatazo de inicio, voy a estar deprimida en mi cuarto porque tú, mala amiga-hija, me has jodido el día. No te haré huevos, ni iré por la barbacoa. Toma más pastillitas y deja de joder con tus preguntas.

Romina: ¡No quiero pastillas! Tomé muchas, ése es el problema. Si mi hija sale tarada va a ser tu culpa.

Margarita: Muy bien. Pues yo sí quiero una. Una de esas que te hacen dormir tres horas. ¿Las has visto?

Margarita toma uno de los frascos de la mesa e intenta tomar una pastilla pero Romina le quita el frasco. Ambas forcejean violentamente hasta que Margarita logra quitárselo, saca una pastilla, la mete a su boca y bebe de su taza. Se queda inmóvil por un momento. Toma otras dos pastillas y hace lo mismo mientras Romina empieza a saltar en el sillón.

Romina: En domingo hay una fiesta y no me han invitado. Tendré que autoinvitarme y pondré atención en todos los detalles de cómo se organiza una fiesta para niños. Cuando mi niña cumpla años haré una fiesta, muuuuuuuuu grande, tan grande que no cabrán tantos invitados ni en una casota...

Margarita: Deja de saltar, me está doliendo la cabeza.

Romina: Y mamá Margarita va a estar muy contenta. Le tomaremos fotos a la bebé que se llamará Romina como yo, y yo seré su mamá Romina igual que como se llama ella y me querrá mucho porque no soy mamá Margarita y no me odiará como odio a mamá Margarita, ni le darán ganas de matarme como yo a veces quiero hacerlo con MARGARITA...

Margarita: Voy a dormir.

Romina: ¿Ya no quieres escuchar? ¿No te gustan mis saltos? ¿No te gustan mis cuentos?

Margarita: No me gustan tus cuentos, no me gustan tus saltos.

Romina se detiene y ve hacia la ventana.

Romina: Ven. Tienes que ver esto.

Margarita se acerca a la ventana con dificultad y se asoma.

Margarita: Una alberca.

Romina: Yo quiero.

Margarita: ¡Es horrible!

Romina: Vamos a nadar en la fiesta.

Margarita: Nadie te ha invitado.

Romina: Voy a meterme en esa alberca y quedarme toda la tarde hasta que se me arrugue la piel.

Margarita: ¡Deja de moverte!

Margarita detiene a Romina bruscamente. Romina se resiste y está a punto de caer hacia el exterior. Margarita se encima en ella y le mete dos pastillas de uno de los frascos. Romina las escupe. Margarita toma otras y se las mete a la boca nuevamente, le tapa la nariz hasta que Romina se las traga.

Romina: Ya. Ya. No quiero fiesta.

Romina queda colgando de la ventana, balbuceando. Margarita la quita de la ventana y la sienta en el sillón.

Margarita: Está bien, ya lo decidí. Me siento mejor y vamos a desayunar huevos o barbacoa aunque ya no tengamos hambre. Tú te quedas acostadita mientras mamá consigue algo. Porque los domingos las familias y las amigas desayunan juntas. Y hoy es domingo.

Margarita da una última mirada hacia abajo y cierra la ventana. Tocan a la puerta. Margarita sale.

Eleuterio (en off): Buenos días.

Margarita (en off): ¿Qué quiere?

Eleuterio (en off): Discúlpeme por molestarla tan temprano.

Margarita (en off): Ya estaba despierta.

Eleuterio (en off): Lo sé, vi a una niña asomándose por la ventana.

Margarita (en off): ¿Qué quiere?

Eleuterio (en off): Voy a...

Margarita (en off): Pase.... ¿Quiere café?

Eleuterio entra, Margarita va detrás de él tropezando y observándolo detenidamente.

Eleuterio: Así estoy bien, gracias.

Margarita: Qué bueno.

Eleuterio: ¿Es su hija?

Margarita: Sí.

Eleuterio: ¡Qué bonita!

Margarita: Todos me lo dicen. Se parece a mí.

Eleuterio: ¿Cuántos años tiene?

Margarita: Catorce.

Eleuterio: Perdone, no me he presentado, me llamo Eleuterio. Me acabo de mudar hace unos días al departamento de abajo.

Margarita: ¿El de abajo con la zotehuela? Sí, ya sabía.

Eleuterio: Hoy le haré una fiesta a mi hijo y quería saber si quieren acompañarnos. Claro, si no tienen nada que hacer.

Margarita: ¿Le parece que no tengo nada que hacer?

Eleuterio: No quise decir eso.

Margarita: En este edificio no está permitido hacer fiestas... Tampoco puede haber niños ¿no le dijeron?

Eleuterio: Es algo sencillo.

Margarita: ¿Y porqué viene a invitarme si no me conoce?

Eleuterio: Es una buena ocasión para conocernos. Puede llevar a su nena.

Margarita: ¿Usted le va al Cruz Azul o a las Chivas?

Eleuterio: ¿Perdón?

Margarita: ¿Le gusta el fútbol?

Eleuterio: Ahh... Entiendo... Un poco... Sí... Al Cruz Azul.

Margarita abraza a Eleuterio.

Margarita: Vamos a ganar.

Margarita se queda dormida súbitamente. Eleuterio sienta a Margarita en el sillón.

Está a punto de salir. Regresa y observa a Romina y Margarita. Se asegura de que estén dormidas. Toma pastillas de los diferentes fracos que están en la mesita y las guarda en su pantalón. Sale. Oscuro.

2. La Zotehuela.

Se ilumina el espacio. Es una zotehuela muy pequeña. En primer plano, hay una alberca inflable casi llena de agua. Del lado izquierdo un muro y en la parte superior, una ventana cerrada (la misma ventana en la que estaban Margarita y Romina en la escena anterior). De frente hacia el fondo hay otro muro y una ventana abierta en la parte superior. A la derecha, otro muro con la ventana cerrada en la parte superior. Eleuterio está frente a la alberca con una cubeta con agua en la mano. Se acerca a la alberca y vacía el agua. De la ventana del centro se asoma Bertha que tiene una toalla enredada en el cabello y una bata de baño. Habla casi gritando.

Bertha: ¿Ya dejó de usar agua?

Eleuterio: ¿Yo?

Bertha: Usted. Que si ya dejó de usar agua...

Eleuterio: Sí. Esta era la última cubeta.

Bertha: Por fin. Me estaba bañando y no me dejó ni una gota.

Eleuterio: Perdón, es que hoy...

Bertha: Seguramente no lo sabe, pero tenemos horarios específicos para usar el agua. Es imposible usarla cuando se nos dé la gana porque jodemos al vecino. ¿O acaso es su intención joderme?

Eleuterio: No sabía, es que...

Bertha: Si fuera a la junta de vecinos lo sabría. Usted desconoce todas las reglas. ¡Mire nada más qué desperdicio de agua está haciendo con esa alberca! ¿Va a hacer una fiesta?

Eleuterio: Sí, porque...

Bertha: ¿Y le pidió permiso a los demás vecinos? No puede estar haciendo fiestas cuando se le ocurra. Hay días específicos para hacer fiestas o reuniones en el edificio. Generalmente son los sábados. Y cuando es un día no asignado, se debe pedir permiso a los vecinos. A mí no me pidió autorización.

Eleuterio: ¿Me da permiso?

Bertha: No sé.

Eleuterio: La invito. Es el cumpleaños de mi hijo.

Brenda: ¿Su hijo? ¿Cómo se llama?

Eleuterio: Daniel.

Brenda: Qué lindo detalle de su parte hacerle una fiesta a su hijo.

Eleuterio: No habrá muchos invitados, pero si gusta...

Bertha: Está bien. ¿A qué hora empieza la fiesta?

Eleuterio: Temprano.

Bertha: ¿Temprano en la tarde?

Eleuterio: Yo le aviso.

Brenda: Ahora tiene que ir a preguntarle a los otros treinta y cinco inquilinos si lo dejan hacer su fiesta.

Eleuterio: Pero es algo muy sencillo.

Bertha: Usted tiene la culpa. Las personas que han vivido en el departamento de abajo casi no hacen fiestas porque molestan a los demás.

Eleuterio: No pensé que fuera tanto problema.

Bertha: Pues ya ve que sí. Si fuera a la junta vecinal...

Eleuterio: Casi no estoy en casa. El trabajo...

Bertha: ¿Entonces por qué renta un departamento si no lo va a usar?

Eleuterio: Vengo a dormir y...

Bertha: ¿Sabe que el departamento en el que usted duerme es el más grande del edificio?

Eleuterio: ¿Y aparte de eso qué tiene de especial?

Bertha: Ni siquiera se da cuenta. Mientras yo doy dos pasos para pasar de mi cuarto al comedor, usted da cinco; del comedor al baño doy uno y usted da tres...

Y lo mejor, se puede dar el lujo de hacer una fiesta y poner ¡UNA ALBERCA!

Además no tiene que subir escaleras.

Se abre la ventana de la derecha y sale volando un zapato que roza la cara de Bertha.

Voz de Julio: ¡Deja dormir!

Se cierra la ventana.

Bertha: *(A la ventana cerrada.)* Ya son las once del día. ¡No molestes! Yo no dormí toda la noche por estar trabajando.

Eleuterio: Disculpe, tengo que entrar. Voy a preparar unos sándwiches.

Bertha: ¡Sándwiches! ¿Eso piensa dar de comer?

Eleuterio: Sí. Es lo que le gusta a Daniel.

Bertha: ¿Cuántos años tiene el nene?

Eleuterio: Cuatro.

Bertha: Aquí no se admiten niños de esa edad.

Eleuterio: Viene de visita.

Bertha: Sí, lo sé, pero no puede venir. Molesta a los vecinos. Si uno como adulto es escandaloso, imagínese lo insoportable que sería tener a un niño de esa edad aquí. ¡No me va a dejar dormir!

Eleuterio: Mi hijo se porta bien, es muy callado.

Bertha: Perdóneme, pero no. Le retiro el permiso para hacer su fiesta y no cuente con mi presencia. Va a tener que llevárselo al zoológico, al parque, a una plaza. Yo necesito dormir.

Eleuterio: Señora...

Bertha: No soy señora, tengo apenas veinticinco años.

La ventana de la derecha se abre y se asoma Julio.

Julio: Estás tan amargada que parece que tienes ochenta. ¡Cierra el hocico! Eres tú la que no deja dormir.

Bertha: Julio, ya pedí en la junta vecinal que si no dejabas de perforar la pared del baño te saquen de aquí. Ya estás advertido.

Julio: Es la pared de *mi* baño y puedo hacer lo que quiera.

Bertha: Estás rentando el departamento, por lo tanto no es *tu* baño. Además ese muro también es mío.

Julio: (*A Eleuterio.*) ¿Qué te está diciendo esta puta mugrosa?

Eleuterio: Nada, nada. Yo no quiero molestar, es que va a venir mi...

Julio: Te advierto de una vez que esta mujer es una pesadilla, así que no le hagas caso. Es una prostituta chancrosa que sólo es feliz jodiendo a los demás.

Eleuterio: Yo no creo que...

Bertha: No tienes derecho a llamarme así. Soy una mujer honrada.

Julio: Casi todos los días sale antes de las ocho de la noche y llega después de las siete de la mañana. Yo la he visto. Usa perfume barato, se viste como prostituta y duerme todo el día porque en la noche se va a ofrecer las nalgas en una esquina.

Bertha: Si no duermo es porque me paso toda la noche cuidando enfermos.

Eleuterio: Tengo que hacer unos sándwiches. Con permiso.

Julio: ¿Me regalas uno?

Eleuterio: Sí, claro... No compré muchas cosas pero... Estás invitado a la fiesta.

Julio: ¿A qué hora es?

Bertha: Señor, le advierto que si este puerco va a su fiesta, no pienso pararme por ahí.

Eleuterio: Pero usted dijo que...

Bertha: Voy a preparar una gelatina, pero no quiero que vaya este...

Julio: ¿Puedo meterme a la alberca? Hace mucho calor.

Eleuterio: Sí, claro... Pero la alberca es para niños...

Bertha: ¿Quién prefieres que vaya a la fiesta de Daniel? ¿Él o yo?

Eleuterio: No me gustaría tener que escoger entre...

Julio: ¿Cuándo vas a callarte?

Julio le avienta otro objeto que no logra golpear a Bertha pero cae en la zotehuela. Eleuterio lo levanta rápidamente.

Bertha: Lo que voy a hacer es presionar a la junta vecinal para que nos reubiquen. No puedo seguir teniendo de vecino a un holgazán, naco y vulgar.

Julio: Aquí te tocó vivir y te jodes. Yo no pienso moverme de aquí. *(A Eleuterio)*

¿Vas a hacerle una fiesta a tu chavito?

Eleuterio: Sí, hoy lo trae su...

Bertha: Aunque no quieras, lo harás. Juntaré firmas.

Julio: ¿Y qué? ¿Entonces a qué hora llego?

Eleuterio: Es una reunión muy pequeña. Yo les aviso.

Julio: ¿Qué le piensas regalar?

Eleuterio: Yo...

Bertha: ¡Juntaré firmas! Julio, ¿me oíste?

Julio: ¿Cuánto tiempo piensas vivir aquí?

Eleuterio: No sé.

Julio: Si te vas me avisas, para decirle al administrador que me cambie a tu depa.

Bertha: ¡Julio!

Julio: ¿Qué quieres, ramera? ¿Qué quieres?

Bertha: No vuelvas a decirme así.

Julio: ¡Putá!

Bertha cierra su ventana, ofendida.

Julio: (A Eleuterio.) Es que ya no quepo en este cuartito. Tengo que guardar muchas cosas aquí. ¿A qué te dedicas?

Eleuterio: Trabajo en el almacén de un supermercado.

Julio: ¿A poco? ¿Y te alcanza para la renta?

Eleuterio: No. Pero casi no como y tengo pocos gastos.

Julio: ¿Tiene mucho que te mudaste?

Eleuterio: Dos semanas.

Julio: Pues yo pensé que ese depa seguía desocupado. Nunca te había visto. No le hagas caso a esa pinche loca. Ni a nadie de los que viven aquí. Todos ven la manera de chingarte. El último que vivió aquí no aguantó a los vecinos porque todo el día lo estaban jodiendo. Espero que tú no tengas ese problema.

Eleuterio: Gracias.

Julio: ¿Me vas a invitar o no?

Eleuterio: Sí, claro.

Julio: Pues me avisas. Yo me quiero meter a la alberca y comer sándwiches.
¿Vives con tu mujer?

Eleuterio: No, no. Ella y yo estamos separados.

Julio: ¿Está buena?

Eleuterio: Me gusta... y la quiero... a ella y a mi hijo.

Julio: Eso es lo malo. Cuando te clavas con una sola. Pero allá tú.

Eleuterio: Sí claro.

Julio: Soy Julio. Te veo al rato.

Eleuterio: Mucho gusto, Julio, yo soy...

Eleuterio no alcanza a decir su nombre porque Julio ya cerró su ventana.

3. La ventana a la derecha.

Se ilumina sólo el sector de la derecha. Pequeño baño. Julio está sentado en el retrete, espiando por la ventana con unos binoculares. En la pared hay muchos hoyos de distintos tamaños tapados con papel de baño y otros descubiertos.

Julio: Voy a contarte algo.

Del otro lado de la pared perforada se escucha la voz de Bertha.

Voz de Bertha: ¿Algo bueno o algo malo?

Julio: Algo que me pasó ayer.

Voz de Bertha: ¿Pensaste en mí?

Julio: No. Bueno, sí. Tres octavos de hora.

Voz de Bertha: ¿Cuánto tiempo es eso?

Julio: Después haces la cuenta.

Voz de Bertha: ¿Pero es mucho o poco?

Julio: Lo suficiente.

Voz de Bertha: Yo no pude hacer otra cosa durante todo el día. *(Pausa.)* ¿Estás enojado conmigo?

Julio: No. ¿Me vas a dejar contarte?

Voz de Bertha: Sí. Me gusta escucharte, saber lo que te pasa, tratar de entender...

Julio: Tengo unos binoculares...

Voz de Bertha: ¿Y para qué los quieres?

Julio: Me gusta espiar a la gente, ¿no lo sabías?

Voz de Bertha: No ¿Por qué lo haces?

Julio: Me calienta.

Voz de Bertha: Si eso te calienta, está bien. ¿Me has espiado?

Julio: A ti no.

Voz de Bertha: ¿Entonces a quién espías?

Julio: A la vecina de enfrente.

Voz de Bertha: ¿A la vieja?

Julio: No... A la niña.

Voz de Bertha: ¡Julio!

Julio: Ella sabe que la espío. Al principio sólo podía verla durmiendo en el sofá. Enfocaba sus piernas, recorría su piel joven, imaginaba el crecimiento de su pubis debajo de su ropa, trataba de adivinar el color de sus pezones...

Voz de Bertha: ¿Por qué me cuentas eso?

Julio: ¿Ya no quieres escucharlo? ¿No te calienta?

Voz de Bertha: No, odio que me cuentes historias en las que yo no soy la protagonista.

Julio: Sigue escuchando. Si ya no te gusta, me detengo cuando me digas.
(*Silencio.*) Un día ella se dio cuenta que la espía, pero fingía que nada pasaba. Se volvió un juego excitante para ambos. Ella me provocaba... Salía de bañar y se secaba en la sala, junto al sofá... Todo lo que había imaginado, el cuerpo desnudo de una puberta estaba frente a mis ojos, provocándome. Vi como caían las gotas de agua de su pubis, podía saborear su sexo tan sólo con verlo a distancia, éramos cómplices en un juego del que cada vez nos volvíamos adictos.

Voz de Bertha: Ya no me está gustando lo que dices...

Julio: Cada vez que llegaba de trabajar, entraba al baño a espiarla... La observaba mientras ella dormía casi sin ropa... Por las noches se tocaba frente a la ventana cuando su madre ya estaba dormida... Hasta que tú llegabas.

Voz de Bertha: ¿Cojías conmigo mientras pensabas en la mocosa?

Julio: Escucha... Déjame terminar.

Voz de Bertha: Eso no me calienta...

Julio: No te lo cuento para que te calientes. Ayer me invitaron a una fiesta de quince años y ella fue. Me quedé sentado casi toda la noche porque mi verga permaneció parada durante la cena, el vals familiar, la entrega del último juguete, la partida del pastel... Ella me miraba desde su mesa. Hasta que ya no me importó, cuando se abrió la pista, me acomodé la verga hacia arriba, me levanté, fui lo más pronto que pude hacia donde estaba ella y la saqué a bailar...

Voz de Bertha: ¿Es verdad todo lo que me dices o es otra de tus historias?

Julio: Temblábamos ejecutando pasos torpes, le restregaba mi pene lechoso y firme como estaca en su vientre...

Voz de Bertha: Ya no sigas...

Julio: La jalé del brazo y la llevé detrás de una bocina, me la saqué y tomé su cara suavemente dirigiendo su boquita a... Y chupó como si fuera una paleta payaso, tratando de arrancar los ojos de gomita...

Voz de Bertha: Qué pendejo... Ya cállate.

Julio: Imagínatela... La tenía ahí, succionándome como si fuera una experta... Le alcé la falda y por fin pude saborearla antes de metérsela hasta el fondo. En la bocina sonaron cumbias, norteñas, banda, mientras el olor de su flujo mezclado con su sangre llegaban a mis fosas nasales, perturbándome con sus gemidos y en

una canción de reggeatón saqué toda la melcocha, inundando su puchita palpitante...

Voz de Bertha: Yaaaa... mierda... No me interesa esa historia... No me excita...

Julio: Te dije que no era una historia para excitarte...

Voz de Bertha: ¿Entonces qué quieres? ¿Qué te odie?

Julio: Sí.

Voz de Bertha: No hablas en serio.

Julio: Estoy harto.

Voz de Bertha: ¿De qué? ¿De ocultar lo que pasa entre nosotros?

Julio: Ése es el problema. Entre nosotros no hay nada.

Voz de Bertha: ¿Qué te pasa? ¿Te molestó la discusión que tuvimos hace rato?

Julio: ¡No!

Voz de Bertha: Tú siempre me has dicho que delante de los demás nos comportemos como los peores enemigos para que nadie sospeche.

Julio: Sí, pero ya me cansé.

Voz de Bertha: ¿Qué quieres decir con eso?

Julio: Es que... No sé de qué manera decírtelo... No quiero lastimarte... Me aburres, eres demasiado demandante, estúpida, castrante...

Voza de Bertha: Me lastimas.

Julio: Perdón... No quiero que terminemos mal.

Voz de Bertha: Podemos hacer algo para que eso no pase. En todas las relaciones hay crisis.

Julio: Tú y yo no tenemos relación. Es puro sexo. Sexo raro.

Voz de Bertha: Pero te gusta ¿o no?

Julio: Fue estimulante al principio. Pero siempre he buscado otra cosa. Algo más fresco.

Voz de Bertha: Entiendo. Sí. Ya sé que sigue. ¿Hay alguien más?

Julio: Obvio.

Voz de Bertha: ¿Por qué no lo dijiste antes?

Julio: Porque no estaba seguro. Pero ayer... Se despejaron las dudas. Y después de haber probado eso, ya no puedo volver a tocar tus carnes viejas.

Voz de Bertha: Ni siquiera me has tocado.

Julio: Fue lo mejor.

Voz de Bertha: ¿Cómo puedes decir eso? ¿Ahora qué voy a hacer yo?

Julio: ¿Qué hacías antes de que yo apareciera en tu vida?

Voz de Bertha: Hablaba por teléfono.

Julio: Pues... Ve sacando tu agenda.

Voz de Bertha: ¿Por qué me haces esto?

Julio: La verdad es que fue divertido, me la pasé bien. Era excitante.

Voz de Bertha: Sí, yo también era feliz contigo. Me decías cosas lindas, me excitaba, tenías una manera de contar tus fantasías conmigo que era inevitable no chorrearme...

Julio: Tú no provocas nada. Sólo era excitante que metiera mi pene en el agujero de un muro y que del otro lado alguien me diera unas mamadas. Espero que no te sientas mal por decirte esto.

Voz de Bertha: No, ¿cómo crees? Me siento muy bien.

Julio: ¡Qué bueno!

Voz de Bertha: Sí, ¿verdad?

Julio: Sí.

Voz de Bertha: Te agradezco que seas sincero y no verme la cara de pendeja.

Julio: Por nada. Es un placer.

Pausa.

Voz de Bertha: ¿No quieres despedirte?

Julio: Bertha...

Voz de Bertha: Vamos, Julio. La última, por los viejos tiempos.

Julio: Olvídalo.

Voz de Bertha: No seas así. Prometo que no volveré a molestarte.

Julio: No estoy excitado.

Bertha: Destapa los hoyos.

Julio: No sé. Estoy ocupado.

Voz de Bertha: Tienes que ayudarme.

Julio: Nos la pasamos bien.

Voz de Bertha: Anda. La última.

Julio: Está bien, pero que te quede claro que es la última vez.

Julio va destapando los hoyos de la pared. Conforme se van destapando, se puede ver claramente a Bertha que lleva puesto un camisón de color rojo.

Voz de Bertha: Te juro que voy a extrañar esto... Lo peor es saber que este muro ha sido el mejor amante que he tenido...

Julio: Ya cállate y quítate el calzón.

Voz de Bertha: Dime que te atraigo.

Julio: Nunca me has atraído.

Voz de Bertha: No digas eso. Acuérdate de todo lo que hemos pasado. Para mí te has convertido en algo más que un muro ligero, con buena carne saliendo de él, aroma a yeso y semen mezclado

Julio: Aunque no lo creas me siento mal. Eres una buena mujer.

Voz de Bertha: Julio. Bésame.

Julio: No lo hagas más difícil.

Voz de Bertha: Dime algo bonito.

Julio termina de destapar los hoyos, excepto uno, (que es el más grande) y se empieza a quitar la ropa.

Julio: Sí, pues... Tal vez te sientas mejor si te digo que eres lo más raro que me ha pasado en mi vida... Mi vida sexual... La ventaja de estas paredes es que puedes tener sexo de otra manera, sin necesidad de tocar al otro, sin necesidad de verlo a los ojos, sólo sentir una rica vagina húmeda dispuesta a recibir lo que le das... Eso eres tú para mí, Bertha... Siempre dispuesta... Ya quiero acabar con esto ¿por qué no te quitas esa cosa roja?

Bertha se acerca a uno de los hoyos y pone su boca.

Bertha: ¿Me das un beso antes?

Julio: Mmmhh... Está bien... Pero en ese hoyo no, todavía no lo he lavado desde lo que hicimos el jueves...

Bertha se cambia de hoyo y pone su boca. Julio la besa rápidamente.

Bertha: Hoy lo quiero despacito. Muy pausado. La última debe ser inolvidable.

Julio: No me había dado cuenta que eras tan cursi. Quítate eso de una vez.

Julio se coloca viendo hacia el muro y se baja los pantalones. Del otro lado del muro, Bertha se quita el camisón y se puede ver un poco su desnudez a través de los hoyos.

Bertha: Espera.

Julio: ¿Ahora qué?

Bertha: ¿No te gustaría, sólo por hoy, hacer una excepción y venir a mi departamento?

Julio: Te daré tres razones por las que me niego rotundamente. Primera: Siempre lo hemos hecho así, funcionó, fue bonito y hacer la excepción ahora me podría decepcionar más de lo que estoy ahora. Segunda: El muro es el intermediario, el tercero en esta relación y no podemos excluirlo. Tercera: Tu departamento es demasiado pequeño igual que el mío. Ninguno de los dos estaríamos cómodos. ¿Ahora entiendes?

Bertha: Coger así no es cómodo.

Julio: Pero no hay de otra.

Bertha: Nunca habías tenido tanta razón, Julio. *(Pausa.)* Hazlo por el hoyo más grande.

Julio destapa el hoyo que faltaba por destapar y se coloca frente a él.

Bertha se coloca de espaldas al muro.

4. La ventana de enfrente.

Se ilumina sólo el sector de la ventana de enfrente y la zotehuela. Eleuterio coloca una mesita a un lado de la alberca con dificultad por lo reducido del

espacio. Cuando logra acomodar la mesa, Eleuterio sale. Todas las salidas de Eleuterio son hacia el frente, fuera del área de luz. Bertha abre la ventana de enfrente. Se puede ver el interior del reducido departamento y claramente se distingue la puerta de acceso a éste. Bertha está hablando por teléfono, sin parar de llorar en ningún momento.

Bertha: Bueno... ¿Ahí puede escu...charme? Señor, mire... es urgente, no puedo seguir viviendo con esos hoyos en mi pared. Es... Molesto... Síiii, síiiii, ya sé que hoy nadie trabaja... No sabe lo desesperada que estoy ¿NO ME ESCUCHA? Le pago el doble o el triple si quiere, pero venga pronto... ¿Cómo?... Ahh, entiendo...
(Pausa. Se tranquiliza un poco.) Mire qué bonito... Ajá... La fiesta del pueblo... ¿Y para qué la hacen, si se puede saber? Cada año... Ahh, San Isidro... Sí, sí, debe estar ahí... ¿Y a mí qué mierdas me importa San Isidro y su pinche fiesta? Bueno... Bueno...

Eleuterio entra con un paquete de pan para sándwich. Observa a Bertha que vuelve a marcar un número en el teléfono.

Bertha: Bueno... Perdón... No quise ponerme así... *(Empieza a llorar otra vez.)* He tenido un mal día ¿sabe? Esto no le llevará más de una hora... Son como siete hoyos, unos más grandes que otros...

Eleuterio coloca el paquete de pan en la mesita y se dispone a salir. Bertha llora cada vez más desconsolada. Eleuterio se detiene y la sigue observando inquieto.

Bertha: Hago lo que sea, por favor. Esos hoyos me deprimen, no me dejan vivir ¿sabe lo que es eso? Es algo urgente, más urgente que festejar a San Isidro o cualquier pinche santo... Ayyy, perdón, ¿ya ve? Me voy a ir al infierno... Sí, eso

merezco... Y todo por unos pinches hoyos... *(Se tranquiliza.)* No puedo, señor, mañana será muy tarde... Quiero que los cubra ahora... Ahora...

Eleuterio ve su reloj y sale.

Bertha: Haga un esfuerzo, por favor... ¿A qué hora empieza la fiesta del pueblo? ¿A las tres? Mire, ya va a ser mediodía, traiga su mezcla o lo que necesite para tapar esas cosas y juro... Le juro que no vuelvo a molestarlo en lo poco que me queda por vivir... Es más, le prometo hacerme devota de San Isidro... Míreme cómo me rebajo, le estoy rogando a un albañil que venga a taparme los hoyos... Bueno... Buenooooo...

Eleuterio entra con un frasco de mayonesa, una bolsa con jamón y un paquete de queso amarillo. Los coloca en la mesa y empieza a preparar sándwiches, incómodo. Parte los sándwiches en cuatro con un cuchillo que siempre permanecerá en la mesa. Bertha vuelve a marcar.

Bertha: Espere, no me vaya a colgar... Le juro que no se va a arrepentir, le voy a pagar muy bien, con lo que quiera ¿entiende? Sé hacer muchas cosas... Muchas... *(Suena el celular de Bertha quien revisa la pantalla)* No me cuelgue, me habla mi mamá... *(Bertha hace el teléfono a un lado y responde el celular.)* Mamá, qué bueno que me llamas... Mamá... Bueno... Mamá... *(Cuelga. A Eleuterio.)* ¿Y tú qué? ¿Ya va a empezar tu fiesta?

Eleuterio se le queda viendo a Bertha, está a punto de contestar pero Bertha sigue hablando por teléfono y llorando sin parar mientras que con la otra mano marca un número en su celular.

Bertha: Mi mamá me colgó, maestro... ¡Ayyyyy, no sea malito! ¿Qué le cuesta? Son unos hoyitos, no quiero que me levante otro pinche muro... ¡PINCHE MURO!

(Habla por celular, deja el teléfono a un lado) ¡Mamá!... ¿Por qué me colgaste? Sí, yo te estuve llamando desde hace media hora ¡Es que estoy muy triste! ¡Mi novio me dejó, mamá! ¡Me dejó por otra! Espérame... *(Al Teléfono)* ¿Entonces qué, maestro? *(A Eleuterio)* No le eche tanta mayonesa porque tapa las arterias. *(Al celular)* Me quiero ir contigo, mami... Es una ciudad fea, la gente es horrible, vivo en un cuartito del tamaño del baño de tu casa, mamá... Ya no puedo... En el hospital hay mucho trabajo, además soy una de las enfermeras más pendejas, el otro día me equivoqué y les intercambié medicamentos a dos pacientes. Uno casi se moría. *(Al teléfono.)* Perdón, maestro es que ya no sé lo que hago, me siento de la chingadaaaaaaaa....

Se ilumina sólo la ventana de la izquierda. Margarita abre la ventana de la izquierda y se asoma. Se ve adormilada.

Margarita: ¿Qué te pasa?

Bertha: *(Al celular)* Es que ya no aguanto, mamita, todos me quieren joder ¡TODOS ME GRITAN! Como si fuera una loca... *(Al teléfono)* ¿Quiere que le siga rogando? ¿VA A VENIR O NO?

Margarita: Baja la voz, Bertha. ¿Ya desayunaste? ¿No quieres barbacoa?

Bertha: *(A Margarita)* No quiero nada. *(Al teléfono)* Mamá, nadie me quiere... ¿Mamá? ¡MAMÁ! ¡Me colgó!

Eleuterio: ¿Un sándwichito?

Bertha: ¡Aaaaaaaaaaaaaahhhh! ¿Qué le pasa? ¿Por qué hace eso?

Margarita: ¡Bertha! Me costó mucho trabajo dormir a mi hija. ¿Puedes cerrar la ventana y lamentarte en tu casa? Además estás fastidiando a todo el edificio con tus gritos.

Bertha: No. Quiero que todo mundo se entere que estoy sufriendo muchoooooo...

Margarita: ¿Qué ganas con exhibirte de esa manera?

Bertha: Me vale madre. (A *Eleuterio*) Jódase con su sándwich y su fiesta y su hijo y todo... (Al teléfono) ¿Maestro? ¿Sigue ahí?

Eleuterio sale.

Bertha: ¿Lo espero? ¿Cómo que no? ¡Bueno! ¡Bueno! (Cuelga el telefono)

Margarita: ¿Quieres unas pastillitas? Son buenas para calmarte.

Bertha: Se me antojó un sándwich.

Margarita: ¿Y por qué no le pides uno?

Bertha: Me cae mal. Es tan... Tan...

Margarita: A mí se me hace muy raro.

Bertha: Raro, eso.

Margarita: Y vive en el departamento de abajo.

Bertha: Con zotehuela.

Margarita: Lo que no haría con zotehuela.

Bertha: Y desperdicia agua.

Margarita: Hace fiestas con alberca.

Bertha: Para niños.

Pausa.

Margarita: ¿Y cómo te salieron esos hoyos en la pared?

Bertha: Por pendeja.

Margarita: Deberías pedirle a Julio que te haga el favor de taparlos.

Bertha: No me hables de Julio.

Margarita: Bueno, ya... Haz lo que quieras.

Bertha: ¿Vas a venir a la fiesta?

Margarita: No sé. Hoy juega el Cruz Azul. Tal vez deje ir a Romina.

Bertha: Romina...

Margarita: Sí ¿y tú?

Bertha: No pensaba ir, pero si piensas mandar a Romina... Tal vez vaya.

Margarita cierra su ventana. Bertha sigue llorando. Suena un timbre. Varias voces responden: ¿Quién?

Bertha: *(Gritando)* Es para mí.

Bertha da dos pasos y llega a la puerta.

Bertha: ¿Quién?

Voz de Morian: Buenos días, hermana.

Bertha: ¡Putá madre! El colmo. Este hogar es católico.

Voz de Morián: Sólo quiero compartir la palabra de Dios con usted. Hablar.

Bertha: ¿Hablar?

Voz de Morián: Acerca de Dios...

Bertha: ¿Hablar?

Bertha abre la puerta. Oscuro.

Fin acto I

ACTO II

El sol sale para todos... y se nubla

Escena única

Todos los espacios están iluminados por una luz general. En off, se escucha la narración del segundo tiempo de un partido de fútbol del Cruz Azul contra las Chivas. La ventana de Bertha y Julio están cerradas, sólo la ventana del departamento de Margarita y Romina está abierta. Romina está sentada en una silla en la zotehuela, a un lado de la alberca. Se ve aletargada y viste un pequeño vestido. Eleuterio entra. Trae un traje de baño, unos goggles y una enorme pelota de playa, casi del mismo tamaño de la alberca. Romina sonríe al verlo.

Romina: ¿Y esa pelotota?

Eleuterio: Es para mi hijo.

Romina: ¿Cómo se llama?

Eleuterio: Daniel.

Romina: ¿Y cómo te llamas tú?

Eleuterio: Tengo un nombre feo.

Romina: Dime.

Eleuterio: ¿A ti te gusta tu nombre?

Romina: Mucho.

Eleuterio: ¿Cómo?

Romina: ¿Cómo qué?

Eleuterio: ¿Cómo te llamas?

Romina: Mamá.

Eleuterio: ¿Qué?

Romina: Mamá ¿y tú?

Eleuterio: En serio.

Romina: Hola, en serio.

Eleuterio: Me llamo Eleuterio.

Romina: Gracias por invitarme a tu fiesta.

Eleuterio: Sí... bueno... Por nada...

Romina: ¿Y por qué tu hijo y tu esposa no viven contigo?

Eleuterio: Es que... ¿Quieres un sándwich?

Pausa.

Romina: He dormido mucho. Eso es bueno. ¿Sabías que voy a ser mamá?

Eleuterio: No.

Romina: ¿Tú me crees?

Eleuterio: ¿Por qué no?

Romina: Mi mamá dice que no puedo ser madre porque aún soy muy joven. En una de las revistas que lee mi mamá, sale que una niña en Perú fue madre a los ocho. Yo tengo 14 y para cuando nazca el bebé, tendré quince.

Eleuterio: ¿Tienes muñecas?

Romina: No, a mi edad ya no se deben tener muñecas...

Eleuterio: ¿Qué tiene de malo?

Romina: Bueno, sí tengo... Muy pocas. Mi mamá dice que soy una tarada por conservarlas y que me comporto como una niña de 5 años... ¿Usted cree que soy idiota?

Eleuterio: No sé, no te conozco.

Romina: Y si soy idiota, ella tiene la culpa. ¿A qué hora empieza la fiesta?

Eleuterio: En cuanto llegue mi hijo... No debe tardar... *(Pausa.)* ¿Cuidas a tus muñecas?

Romina: Sí.

Eleuterio: Entonces ya puedes ser madre.

Se escuchan gritos aislados: ¡Goooooooooo!

Voz en off de Margarita: ¡Eso! Manden pases, manden pases. Las jugadas individuales no sirven. ¡No sirven!

Romina: Será niña y se llamará Romina, como yo.

Eleuterio: Tú te llamas mamá.

Romina: Te engañé, me llamo Romina, como mi hija.

Eleuterio: Es bonito.

Romina: A veces creo que sí soy idiota.

Eleuterio: ¿Por qué?

Romina: Me tardo en pensar. Las ideas no me llegan, las palabras no me alcanzan y en la escuela se burlan de mí...

Eleuterio: A mí me pasa lo mismo.

Pausa.

Romina: Hay nubes. ¿Tú crees que llueva?

Eleuterio: Espero que no.

Romina: ¿Te cuento un secreto?

Eleuterio: Sí.

Romina: Mi mamá odia el fútbol. Le recuerda a mi papá.

Eleuterio: Lo sé.

Pausa.

Romina: ¿Y cuando Daniel llegue, me puedo meter a la alberca?

Eleuterio: No. No vamos a caber.

Eleuterio se mete a la alberca con la pelota.

Romina: ¿Está fría?

Eleuterio: Un poco. A Daniel le gusta el agua.

Romina: Qué suerte que conseguiste una alberca.

Eleuterio: La conseguí con descuento en mi trabajo.

Romina: ¿Ah, sí? ¿En qué trabajas?

Eleuterio: En un supermercado.

Romina: Yo quiero trabajar en eso. En el departamento de Mariscos. Me gusta cómo huele. Así huelo yo.

Eleuterio: ¿Hueles a mariscos? ¿A qué huelo yo?

Romina: No sé. ¿Quieres que te huela?

Romina se acerca a Eleuterio y lo huele. Recorre con su nariz las mejillas, el cuello y el torso de Eleuterio que se incomoda.

Romina: Hueles a llanta. ¿En qué parte del súper trabajas?

Eleuterio: Yo estoy en almacén. Pero el próximo mes me suben al departamento de lácteos.

Romina: Entonces, cuando vayas a lácteos, olerás a queso.

Se escucha un ruido de cohetes.

Romina: Hay fiesta.

Eleuterio: ¿En dónde?

Romina: Cada año hacen un carnaval en el barrio de enfrente. El año pasado se murió una niña. Cayó una bala perdida y le perforó la cabeza.

Se escucha una exclamación de asombro general.

Voz de Margarita: Defensa. ¿Qué hacen ahí? A la defensa, que nos van a empatar.

Eleuterio: ¿Quién va ganando?

Romina: No sé, no me gusta ver esas cosas. A mi mamá le gusta ver las piernas de los jugadores. Odia el juego, pero me ha contado que los jugadores del Cruz Azul tienen las mejores piernas. ¿Mamá, quién va ganando?

Voz de Margarita: ¡Qué te importa! ¡No quiero que me hables!

Bertha abre su ventana, agitada.

Bertha: Necesito aire. Aire

Morian: ¿Cómo se siente?

Bertha: ¿Se supone que debo sentirme bien?

Morian: Sí.

Bertha: Algo falló. Me siento mal. Tengo que irme.

Bertha se sube a la ventana con la intención de saltar.

Morian: ¿Qué hace?

Bertha ve hacia abajo, después se percató de la presencia de Romina que la está observando, curiosa.

Bertha: ¿Qué me ves, niña tarada?

Romina: ¿Vas a venir a la fiesta?

Morian: Creo que es mejor que me vaya.

Bertha: No. No te vayas. Necesito seguir hablando.

Morian: Es que debo visitar a...

Bertha: Escucha. Todos en este edificio somos católicos. Si te largas a otra puerta, nadie te va a abrir o te la cerrarán en la cara. Si quieres hacer la buena obra de la semana, quédate.

Morian: No es necesario que...

Se escuchan gritos aislados: ¡Goooooooooo!

Voz de Margarita: ¡Bola de pendejos! No hacen nada bien. ¡Ustedes! ¡Ustedes me hacen infeliz!

Morian: Con permiso.

Bertha: Si te vas, me aviento.

Eleuterio se inquieta.

Morian: Tranquilícese. Está bien, le voy a leer la Biblia.

Romina: *(En voz baja, a Eleuterio.)* Mi mamá se toca...

Eleuterio: ¿Qué?

Romina: Se toca aquí cuando ve el fútbol, por eso no quiere que nadie la moleste. Por eso me dejó venir a su fiesta.

Eleuterio se inquieta y avienta la pelota hacia arriba, como si estuviera jugando. Bertha la atrapa por reflejo.

Bertha: No puede meter objetos tan grandes a los departamentos.

Bertha avienta con fuerza la pelota hacia abajo y cae justo en la mesita de sándwiches. Se hace un silencio incómodo. Eleuterio sale de la alberca, recoge su pelota y sale.

Romina: (A Bertha.) Te pasaste.

Bertha: A ti qué te importa. Si fuera a las juntas vecinales, seguramente no habría pasado...

Morian está por salir disimuladamente pero en ese momento, Bertha voltea y lo amenaza.

Bertha: Ya te vi. Si me caigo, tendrás la culpa. Puedo morir, está alto. Ven, sígueme hablando de Dios y los libritos.

Morian: De verdad, tengo que irme.

Bertha: ¡Háblame!

Julio abre su ventana y empieza a hacer bíceps con un par de mancuernas. Romina se le queda viendo fijamente. Bertha trata de ignorarlo al principio y pone atención a lo que lee Morian, pero poco a poco va desviando su atención hacia Julio.

Morian: Está bien, pero es la última. Jehová dice: ¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Salmo 19:12. ¿Qué le dice este mensaje de Dios a través de la Biblia, hermana?

Julio: Romina...

Bertha: Ehhh...

Julio: ¿Cómo te va? ¿Ya empezó la fiesta?

Bertha: Pues sí, a veces pasa ¿no?

Eleuterio entra a recoger los sándwiches que se cayeron.

Romina: Sí, hay alberca. ¿No te quieres meter conmigo?

Morian: A mí me hace pensar, hermana. Reflexiono y me viene a la mente...

Julio: *(Como en un murmullo a Romina pero con toda la intención de que Bertha escuche.)* ¿Cómo te sientes por lo de ayer?

Morian: La semana pasada...

Romina: *(Ríe tímidamente y responde también como en murmullo)* Me dejaste muy mal.

Morian: ...vi una tarjeta humorística...

Romina: Casi no puedo caminar.

Morian: Que mostraba una vaca grotescamente delgada en un desierto.

Julio: ¿Pero te gustó, nena?

Bertha: ¿Y qué con la vaca?

Romina: Sentí rico.

Morian: La vaca flaca tenía la intención de ilustrar «de dónde viene la leche descremada».

Julio: ¿Ves cómo se hinchan mis musculotes?

Bertha: ¿Y eso qué tiene que ver con Dios?

Romina: Sí, me gusta cómo se inflan.

Eleuterio sale llevándose los sándwiches.

Morian: La lógica del dibujo, claro, no es nada científica. La leche descremada no la producen las vacas sin grasa.

Julio: Estoy ansioso de ponerte todo mi cuerpo encima. Otra vez

Morian: Sin embargo, la idea me recuerda un comentario de D.L. Moody:

Romina: Te van a escuchar. Me da pena.

Morian: «La mayoría de la gente habla de crema y vive como si fuera leche descremada.»

Julio deja la mancuerna en el piso.

Julio: Espérame voy para allá.

Morian: Si nuestros corazones están mal alimentados espiritualmente, vamos a producir un cristianismo de «leche descremada».

Bertha: *(Completamente distraída.)* ¡Wow! Eso es poesía.

Se escucha el grito de Gooooool!!!

Voz de Margarita: ¡Imbéciles! ¿Qué les pasa? ¿Dónde está la defensa?

Morian: Nuestros labios pueden pronunciar palabras en oración, adoración y...

Romina: ¡Bertha!

Morian: ...conversaciones que suenan espirituales...

Bertha: ¿Qué quieres?

Morian: ...dando la impresión de que son «una crema de primera calidad».

Romina: Estoy nerviosa.

Morian: ¿Entiende la metáfora?

Bertha: ¿Por qué?

Morian: ¿Me está poniendo atención?

Bertha: *(A Morian.)* Ehh.. sí, el cristianismo como crema chafa.

Romina: Voy a ser mamá de un hijo de Julio. Y se lo voy a decir ahora.

Morian: Claro. Pero la realidad está revelada por lo que se produce constantemente en nuestra vida.

Bertha: ¿Un hijo? *(A Morian, muy nerviosa.)* Permíteme, tengo que hacer algo.

Bertha empieza a descender desde su departamento hacia la zotehuela, furiosa. Se escucha el timbre.

Voces: ¿Quién? / Ya voy / Van.

Morian: ¿Qué hace?

Brenda: ¡Sigue predicando!

Julio entra en la zotehuela, seguido de Eleuterio que trae otro paquete de pan, jamón, queso y el frasco de mayonesa. Ambos se quedan sorprendidos al ver que Bertha está bajando.

Julio: Bertha, te vas a caer.

Bertha baja y por accidente se mete a la alberca. Se acerca a Romina a la que va a tomar por los cabellos, pero Julio se interpone a tiempo. Bertha toma el cuchillo de la mesa.

Bertha: Explícame.

Julio: ¿Qué te pasa?

Bertha: *(A Morian.)* ¡Estoy esperando la palabra de Dios!

Romina: ¡Mamá! Me quieren matar.

Morian: No puedo predicar así.

Bertha: Así que me viste la cara de estúpida... ¿Por cuánto tiempo?

Julio: ¿De qué hablas?

Bertha: ¡Dios, quiero escucharte!

Romina: ¡Mamá!

Morian: (*Nervioso.*) ¿Cómo podemos practicar lo que predicamos?

Voz de Margarita: ¿Qué quieres?

Bertha: No me digas que preñaste a esta perra ayer y ya van a tener un hijo.

Julio: ¿Un hijo?

Romina: (*Romántica.*) Nuestro hijo.

Julio: ¿Qué te pasa? ¿Cuál hijo?

Romina: El que me hiciste anoche.

Morian: David luchó con esto en el Salmo 19.

*Margarita se asoma, está sudando, lleva en la mano algo que cubre pero que no se puede ver. Se asombra de la escena que ocurre en el zotehuela.
Suena el timbre otra vez.*

Voces: ¿Quién? / Ya voy / Van.

Romina: Hay un bebé que crece en mi vientre. Iba a decírtelo, pero no pensé que te enterarías de esta forma.

Bertha: Explícame.

Romina: ¿Quieres venir a sentirlo?

Margarita: Bertha, suelta ese cuchillo.

Julio: Está loca. Nunca había estado con ella, Bertha, hasta ayer.

Romina: Va a ser niña y se llamará como yo.

Bertha se le va encima con el cuchillo a Julio, que forcejea para quitárselo. En su desesperación, Margarita empieza a aventar cosas desde su departamento (frascos de pastillas, envases de refresco, etc.) y en ese momento entra Tania que observa impactada la escena. Detrás de ella, aparece Eleuterio.

Morian: En los versículos 12 y 13 fue honesto consigo mismo y con Dios cuando pidió ser librado de errores ocultos y de pecados presuntuosos.

Tania: ¿Qué es esto?

Eleuterio: Todo está bien.

Morian: Además del perdón, David sabía que necesitaba la continua fortaleza y ayuda de Dios para armonizar su andar con su hablar...

Julio: ¡Cálmate, Bertha!

Morian: Así que oró fervientemente:

Bertha: Me cambiaste por esta mocosa pendeja.

Morian: «Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová...» versículo catorce.

Tania: *(A Eleuterio.)* Nunca debí conservar una esperanza de que esto cambiara.

Margarita arroja un dildo de plástico que es lo que cubría con su mano.

Tania sale. Suenan cohetes. Eleuterio sale detrás de Tania.

Morian: En nuestro andar, movámonos de leche descremada a crema siendo abiertos, honestos y orando.

Julio: Estás loca, Romina.

Bertha: ¿Me engañaste? ¡Contéstame, Julio!

Julio logra quitarle el cuchillo a Bertha y la somete en el piso. Romina está en un rincón, muerta de miedo. Margarita, se da cuenta de que ya no tiene el dildo en la mano y trata de calmarse.

Julio: No tengo nada que explicarte. Todo es un invento, no hay hijo, no hay nada.

Es un invento de esta niña.

Bertha: No te creo...

Romina: ¿Estás diciendo que no te vas a hacer cargo de...?

Julio: Por supuesto que no me haré cargo

Morian: Bueno, yo me voy.

Bertha: Sigue hablando de la crema.

Morian: Me siento ignorado...

Romina: ¡Mamá!

Julio va soltando poco a poco a Bertha, pero la amenaza con el cuchillo.

Julio: Es lo más cerca que he estado de ti.

Morian: En todos lados me cierran la puerta...

Romina: Me duele la panza.

Morian: Me insultan...

Julio: Se siente bien.

Morian: Pero jamás me habían ignorado de tal manera...

Julio besa a Bertha que trata de zafarse hasta conseguirlo. Julio la suelta.

Bertha: Deberías de madurar, Julio...

Morian: Cada domingo salgo a las calles a entregar mi mensaje...

Bertha: Ya estás viejo para cojerte niñitas pendejas como ésta. Ya deberías saber qué es lo que quieres.

Bertha sale.

Romina: Necesito ir al hospital...

Morian: Y me ignoran...

Gritos de gol frustrado.

Margarita: Romina, ven con mamá.

Julio: Por lo visto hoy te ha dado demasiadas pastillas tu mamá, Romina.

Margarita: Insensible, patán.

Morian: Bueno, hasta luego. Gracias. Ya me cansé.

Margarita: Ahorita vas a ver, cabrón. Nomás deja que termine el partido.

Julio: Haga lo que quiera.

Julio se dispone a salir.

Margarita: Puerco, no te muevas de ahí, puto pederasta.

Romina: Mamá, al hospital, mamá.

Margarita: Ya voy, nena. Ya voy.

Margarita cierra su ventana. Julio sale. Romina se queda en el piso quejándose. De fondo se sigue escuchando la narración del partido y los cohetes. Oscuro.

Fin acto II

Acto III

De noche todos los gatos son...

Se ilumina la zona de la derecha. Julio está sentado en el retrete, hablando con el muro, del otro lado se escucha el sonido de una regadera.

Julio: ¡Bertha! ¿Estás ahí? Bertha...

Voz de Bertha: ¿Qué quieres?

Julio: Nada.

Voz de Bertha: Pues déjame en paz.

Julio: ¿Te estás bañando?

Voz de Bertha: ¿Tú qué crees?

Julio: Sí, ¿verdad?

Voz de Bertha: Julio, ¿qué quieres?

Julio: Es raro que te bañes dos veces en un día.

Voz de Bertha: ¿Te parece?

Julio: Generalmente te bañas una vez por la mañana cuando regresas de trabajar.

Voz de Bertha: ¿Me espías?

Julio: Después de todo, conozco tus hábitos. Siempre he estado pendiente de tus entradas y salidas del baño desde que llegué aquí.

Voz de Bertha: Pues hoy quise hacer una excepción.

Julio: ¿Puedo verte?

Voz de Bertha: No. *(Pausa.)* Mañana vendrán a tapar lo hoyos.

Julio: No tienes que hacer eso. ¿Te confieso algo? En algún momento llegué a pensar que sería buena idea tirar ese muro.

Voz de Bertha: ¿Para qué?

Julio: Nuestro departamento sería más amplio y... Podríamos tener sexo como cualquier persona...

Voz de Bertha: No habría funcionado, Julio. Tú lo sabes. Nuestra percepción uno del otro siempre estuvo intervenida por el muro, y como tú lo dijiste, es mejor dejarlo así.

Julio: Tal vez... Pero esta tarde... ¿Me dejas verte?

Voz de Bertha: No, Julio.

Julio: ¿Estás con alguien? ¿Te cojiste al testigo de Jehová? ¿Es eso?

Voz de Bertha: Eso no te importa. No estés jodiendo.

Julio: ¿Le cobraste? ¿Cuánto te pagó?

Voz de Bertha: Él estuvo aquí, pero no hicimos nada de lo que piensas.

Julio: ¿Y quieres que te crea?

Voz de Bertha: ¿Qué te pasa, imbécil? Ve a hacerle escenitas de celos a tu coño lampiño.

Julio: No está lampiña.

Voz de Bertha: Me vale madre.

Julio: Fue un error. Fue una calentura. Yo te quiero, Bertha.

Voz de Bertha: ¿Y crees que voy a perdonarte?

Julio: Sólo quiero que lo sepas. Cometí errores.

Voz de Bertha: Tengo que ir a trabajar, Julio.

Julio: ¿De qué hablaste con el marrano ese?

Voz de Bertha: No es un marrano.

Julio: ¿Vas a vivir con él?

Voz de Bertha: Hablamos de Dios.

Julio: Sí, claro.

Voz de Bertha: ¿Qué te pasa?

Julio: Dile que venga. Quiero hablar con él.

Voz de Bertha: No.

Julio: ¿Por qué? Si es tan hombrecito, debería...

Voz de Bertha: Adiós.

Julio: ¿Vas a decirle que venga o tendré que ir por él? Yo te tenía antes. ¿Cómo puedes preferir a una persona así? Son igual o más molestos que los que te venden tarjetas de crédito por teléfono. Nadie tiene derecho a joderte el domingo con pláticas sobre Dios. Bertha... ¿Sigues ahí?

Bertha: Sí. Estaba esperando que dijeras algo más inteligente pero creo que no vale la pena.

Julio: No, espera. Me voy a mudar, no puedo seguir aquí. Seguramente mañana ya no esté aquí.

Silencio.

Voz de Bertha: ¡Que te vaya bien!

Julio: ¿Así? ¿Tan fácil?

Voz de Bertha: ¿Qué más quieres?

Julio: ¿La última vez?

Bertha destapa uno de los hoyos y coloca su ojo.

Voz de Bertha: Ya no puedo, Julio. Me gustaría pero creo que es mejor dejarlo así.

Julio: No vayas a trabajar.

Voz de Bertha: ¿Y por qué no?

Julio: Vamos a estar juntos la última vez.

Voz de Bertha: No es tan fácil.

Julio: ¿Qué quieres que haga? (*Silencio.*) Bertha. Dime qué quieres que haga.

Silencio.

Voz de Bertha: Lucha por mí.

Julio: ¿Cómo?

Voz de Bertha: Parece que todas tus relaciones se basan en pedir las nalgas pero nunca te esfuerzas por conseguirlas. Si me quieres, lucha por mí.

Julio: No entiendo, explícame.

Voz de Bertha: Estoy esperando.

Julio está desconcertado. Piensa.

Julio: Bueno, pues... Bertha... Eres una persona muy... linda... ¿Quieres ser mi novia?

Bertha ríe.

Voz de Bertha: ¿Eso es todo? No mames, eres un fracaso.

Julio: Es complicado.

Voz de Bertha: Está bien. Te entiendo. Tal vez necesitas un poco de ayuda.

Debes empezar por mirarme a los ojos.

Julio destapa rápidamente uno de los hoyos más grandes.

Julio: ¿Y luego?

Voz de Bertha: Pídeme que tengamos una cita.

Julio: ¿Una cita? ¿A dónde quieres ir?

Voz de Bertha: A ningún lado.

Julio: ¿Entonces?

Voz de Bertha: Pídeme una cita en mi departamento.

Julio: Estás loca.

Voz de Bertha: Anda, pídemelo.

Julio: ¿Puedo ir a tu departamento?

Voz de Bertha: ¿Cuándo quieres venir?

Julio: Hoy.

Voz de Bertha: No puedo, tengo que trabajar.

Julio: No vayas.

Voz de Bertha: ¿Tienes tantas ganas de estar conmigo?

Julio: Sí.

Voz de Bertha: ¿De verdad?

Julio: Sí, Bertha, quiero estar contigo.

Voz de Bertha: Está bien. En la madrugada, un poco antes de que sea lunes.

Julio: ¿Por qué esperar tanto?

Voz de Bertha: Tengo que vestirme. Y tú debes ponerte una camisa y zapatos.

Además debes conseguir un ramo de flores.

Julio: Bertha, ¿dónde quieres que consiga flores?

Voz de Bertha: No sé. A mí me gusta que me regalen flores.

Julio: Está bien. Te veo cuando muera el domingo.

Voz de Bertha: Cuando muera el domingo.

Se oscurece la zona. Se escuchan truenos. En el departamento de la izquierda está Romina, dormida en el sillón. Margarita entra. Observa a Romina que sigue dormida.

Margarita: ¡Romina! ¡Romina!

Romina: ¿Qué?

Margarita: ¿Cómo te sientes?

Romina: Flaca.

Margarita: Te voy a dar otra pastillita.

Romina: Ya no quiero. Por tu culpa estoy vacía. Ya no tengo bebé.

Margarita: Nunca tuviste un bebé.

Romina: Lo tuve. Tú no lo sentiste pero lo tuve. Nunca me crees.

Margarita: Abre la boca, tómate esto.

Romina: No.

Margarita: Romi, sé que toda esta situación te hizo daño. Pero te prometo que con esto te vas a calmar. Mañana temprano iremos a que te hagan unos estudios y...

Romina: Necesito a mi hijo.

Margarita: ¿De dónde sacaste esas ideas? ¿Para qué? ¿Quieres llamar mi atención?

Romina: No quiero vivir contigo.

Margarita: ¿Qué dices?

Romina: Todo el tiempo me hablas de cosas que no entiendo, dices que eres muy abierta conmigo para que confíe en ti, que quieres ser mi amiga...

Margarita: Romina, no entiendes...

Romina: Y me das miedo, me pegas, lloras en las noches... Ya no quiero, tengo ganas de no volver de la escuela, quedarme sola...

Margarita: Estás un poco enfermita. Por eso piensas así, yo creo que...

Romina: Tú estás enferma.

Margarita: ¡Cállate, cabroncita! ¡No sigas! ¡Cierra el hocico de una vez!

Romina: No quiero.

Margarita: Mocosa malagradecida. Muchas niñas quisieran tener una madre como yo. ¿Crees que una madre normal habría reaccionado tan tranquila cuando me confesaste que ya no eras virgen?

Romina: ¿Y qué hiciste? Me quitaste a mi bebé.

Margarita: Yo no te quité nada.

Romina: Tú y todos quieren que yo me sienta mal.

Margarita: Yo también estoy harta. Me vuelves loca con tus caprichos, tus berrinches de niña de cinco años, tus malas calificaciones... Odio trabajar doble turno para mantenerte, lavarte, plancharte el uniforme para que vayas a la escuela... Y sé que es una estupidez eso de querer ser tu amiga, ya me di cuenta que no se puede pero, ¿qué más podemos hacer? ¿Qué otra opción nos queda? Allá afuera estamos solas todo el día y en este cuartito también... Podemos intentarlo...

Romina: ¿Intentar qué?

Margarita: Tolerarnos, Romina. Eso hacemos todos. Si no fuera así, nos estaríamos matando ahora mismo.

Romina: Me aburres, te haces la víctima, parece que estoy escuchando a la mamá de mi amiga, a la mamá de la vecina, de la telenovela de todos los días de

todos los horarios. ¡Qué asco! No se trata de tolerarse, ni de enfrentar las cosas, sólo quiero que desaparezcas, porque me han dado ganas de matarte. Quisiera ver las imágenes de tu cadáver atropellado como pasan en las noticias, como tantos que salen muertos. A veces pienso “¿por qué no le tocó a mi mamá?”

Margarita: A mí también me haría feliz que desaparecieras. Tengo una hija estúpida, que no sabe poner más ejemplos que los que ve en la televisión o en las revistas, o en los periódicos...

Romina: Soy estúpida porque soy tu hija...

Margarita: Seguramente es por eso.

Romina se levanta. Toma una mochila y empieza a meter cuadernos.

Romina: Ya no quiero hablar. Tengo que arreglar mis cosas para mañana.

Margarita: Mañana no irás a la escuela.

Romina: ¿Por qué?

Margarita: Voy a llevarte con tu padre. Ya no podemos vivir juntas.

Romina: ¿Y por qué no te vas tú?

Margarita: Porque yo pago la renta.

Margarita trata de quitarle la mochila a Romina y forcejean. De pronto, un cigarro de marihuana cae al piso. Romina se pone nerviosa e intenta levantarlo pero Margarita se adelanta y lo toma.

Romina: Yo... Me lo dieron... No creas que...

Margarita: ¿Es mota?

Romina: Sí... Bueno, no sé...

Margarita se le queda viendo a Romina, se sienta, observa el cigarro. Lo prende y fuma.

Margarita: Hace quince años que no fumo mota.

Romina: ¿Te gusta?

Margarita: ¿No la has probado? Es maravillosa.

Romina: No, yo nunca...

Margarita: ¿Y qué esperas?

Margarita le ofrece el cigarro a Romina que duda en tomarlo. Finalmente lo hace torpemente, pero Margarita le indica cómo hacerlo.

Romina: ¿Ya ves? Nunca lo había probado.

Margarita: Cabróna. Sólo eso me falta, que seas una viciosa, una adicta.

Romina: Como tú...

Margarita: Dame otra fumada.

Romina: Está rico.

Margarita: Trae acá.

Romina: Tienes razón, ya no hay que vivir juntas.

Margarita: Es lo que te digo. Ya no sé cómo controlarte, de pronto me sales con tus puterías...

Silencio. Rolan el cigarro.

Romina: Está buena.

Margarita: Tiene mucha basurita. En los setenta había de la mejor.

Romina: Me pega bien rápido.

Margarita: Lo heredaste.

Romina: ¿Qué cosa?

Margarita: Lo puta y adicta.

Ríen. Silencio.

Romina: Te odio, mamá.

Margarita: Y yo a ti, hijita.

Romina se levanta y le grita en la cara a Margarita.

Romina: ¡Déjame vivir!

Romina se sienta, riendo. Margarita también empieza a reír.

Margarita: Ojalá nunca te hubiera tenido...

Romina: Yo no te pedí nacer.

Margarita: Fuiste un error, una noche de calentura...

Romina: Me pregunto qué hice para merecer una madre tan mediocre como tú...

Margarita: Me avergüenza ser tu madre. *(Margarita ríe más fuerte)*

Romina: Te odio con todas mis fuerzas, mamá.

Ambas se carcajean.

Margarita: Maldito el día en que le abrí las piernas a tu padre...

Ambas ríen sin poder controlarse.

Romina: Deseo con todas mis fuerzas nunca parecerme a ti.

Margarita: ¿Eso es lo que te enseñan en la escuela, cabrona?

Romina: Pero, a pesar de todo, te perdono, madre.

Margarita: Ven a mis brazos, hija...

Romina y Margarita tienen un ataque de risa que va calmando poco a poco.

Largo silencio.

Romina: ¿Mañana voy a ir a la escuela?

Margarita: Sí.

Romina: Tengo exámen y no estudié.

Margarita: Te va a ir bien.

Romina: ¿Ya dejó de llover?

Margarita: Desde hace un rato.

Romina: Ya se va a acabar.

Margarita: Vamos a guardar una bachita para más tarde.

Margarita apaga el cigarro. Romina toma uno de los frascos de pastillas.

Romina: Tómame una, si quieres.

Margarita: Ahora no, hija.

Romina: Yo sí quiero una.

Margarita: Toma una de las azules, vas a ver colorcitos.

Pausa.

Romina: Voy a traer agua.

Romina sale. Margarita se acerca a la ventana y observa hacia abajo. Se ríe. Margarita cierra la ventana. Se oscurece la zona.

Las tres ventanas están cerradas. Cada departamento está iluminado por luz propia. Eleuterio está metido en la alberca, muy mojado y temblando. La mesita está llena de sándwiches preparados intactos, aunque los sándwiches se encuentran cubiertos con una bolsa grande de plástico, igual que la grabadora.

Eleuterio toma un sándwich y se lo come en la alberca. Enciende la grabadora en la que se escucha un programa de la Hora Nacional. Entra Tania y se coloca frente a él, con una sombrilla en la mano. Eleuterio se inquieta, traga un bocado del sándwich, se limpia la boca y se levanta.

Eleuterio: Regresaste.

Tania: Sí. *(Pausa.)* Sal de ahí, hace frío.

Eleuterio: ¿Dónde está Daniel?

Tania: Vas a resfriarte.

Eleuterio: Es que... ¿Dónde está Daniel?

Tania: En mi casa.

Eleuterio: Le compré una alberca y estos lentes para el agua. Había una pelota allá dentro ¿la viste? También le preparé sándwiches... No me diste tiempo de explicarte, lo de hace unas horas fue...

Tania: ¿Podemos hablar?

Eleuterio: Sí, hablemos.

Eleuterio le señala la mesa a Tania. Ella no se mueve. Hay un apagón en todos los departamentos. Exclamación generalizada. Tania y Eleuterio siguen sin moverse. Poco a poco se reestablece la luz por medio de velas que van prendiendo en cada uno de los departamentos.

Eleuterio: Disculpa, casi no se va la luz, debe ser porque llovió. Otra cosa que salió mal.

Tania: Ya casi tengo que irme.

Eleuterio: No, espera, tienes que tomarte algo conmigo. ¿Quieres refresco?

Tania: No.

Eleuterio: En cuanto me asciendan y me suban el sueldo vamos a buscar algo más amplio. Me gustaría que viviéramos en un lugar más tranquilo, creo que aquí hay gente muy... alterada.

Tania: No, Eleuterio.

Eleuterio: Bueno... Tal vez lo pienses mejor después.

Tania se acerca a la mesita con los sándwiches.

Tania: ¿Puedo tomar uno?

Eleuterio: Sí, claro. Adelante.

Tania toma un sándwich y empieza a comerlo. Eleuterio hace lo mismo.

Hay un silencio largo.

Tania: Tiene jamón.

Eleuterio: Sí, se me olvidó...

Tania escupe el bocado.

Tania: Eres un idiota, sabes que le salen ronchitas.

Eleuterio: No me acordé, Tania. Estoy tratando de poner de mi parte.

Tania: Seguramente. Pones tanto de tu parte que la fiesta que le organizaste a tu hijo parecía un campo de batalla.

Eleuterio: ¿Vienes a discutir, a criticarme? Anda, destrózame. Desde anoche tenías esa intención.

Tania: Yo no vengo con ninguna intención. Quiero estar en paz.

Eleuterio: ¿Por qué no trajiste a Daniel? Llevo más de doce horas esperando. Doce horas. Todo el día esperé a que mi hijo entrara por esa puerta, tuve que aguantar los gritos, las estupideces de mis vecinos...

Tania: Perdón por hacerte pasar esa tortura por tu hijo. Además yo no tengo la culpa de que vivas en este basurero, que tengas un empleo mediocre y que no te alcance para rentar algo mejor.

Eleuterio: Ya párale. Cálmate, bonita.

Tania: Ahora soy bonita. Antes era vieja fea, castrosa, puta, perra, cerda...

Eleuterio: Eran otros tiempos.

Tania: ¿Te parezco insoportable?

Eleuterio: Sí. Eres una zorra insoportable.

Tania: ¿Ya te viste en el espejo? Además de ser asqueroso, eres ridículo. ¿Crees que es sano que tu hijo te vea en calzones, empapado dentro de una alberca?

Eleuterio: A él le gusta estar conmigo.

Tania: ¿Y pensabas meterlo a la alberca con este clima? ¿Lo quieres matar?

Eleuterio: Por la mañana había sol.

Tania: Pero ahora es de noche, está lloviendo y aún así seguías esperando que entrara a la alberca.

Eleuterio: ¿Por qué no lo trajiste?

Tania: No se me dio la gana.

Eleuterio: ¿Y qué pretendes que haga yo con tantos sándwiches? ¿Crees que me regalan el dinero?

La discusión se corta por el sonido y las luces de los cohetes. Los cohetes se acaban.

Tania: ¿Podemos hablar sin gritarnos?

Eleuterio: Yo no te grito.

Tania: ¿Podríamos?

Eleuterio: Quiero ver a Daniel.

Tania: Hoy no.

Eleuterio: ¿Cuándo?

Tania: Debemos dejar pasar un tiempo... Hasta que el niño se recupere. Te tiene miedo.

Eleuterio: ¿Cómo va a tenerle miedo a su padre?

Tania: Debes entender... Y aceptarlo.

Eleuterio: Yo no quise hacerle daño nunca. Ni a él, ni a ti.

Tania: Tal vez no querías, pero lo hiciste.

Eleuterio: ¿Tú me tienes miedo?

Tania: Ya no. De otra forma, no habría venido.

Eleuterio: Voy a cambiar...

Tania: No sigas. Los dos sabemos que no es cierto.

Eleuterio: Lo juro.

Tania: Le diré lo de la alberca y la pelota, los globos y los sándwiches de jamón...

No somos los primeros ni los últimos. A todos les pasa. Sólo hay que saber llevar las cosas de una forma tranquila.

Tania le da su sombrilla a Eleuterio.

Eleuterio: ¿Y esto?

Tania: En los próximos días va a llover. Yo tengo otro en casa.

Eleuterio: Gracias.

Tania: Cuídate, Eleuterio.

Tania sale. Eleuterio abre la sombrilla y se sienta en la alberca. Silencio.

Oscuro total.

Fin acto III

Acto IV

Mañana será otro... Lunes

Se escucha que tocan una puerta. Se enciende la luz del departamento de Bertha. Bertha va a abrir. Julio está parado detrás de la puerta de Bertha con un ramo de flores improvisado. Extiende su mano y se lo ofrece a Bertha.

Julio: Perdón por traer un ramo tan simple, pero no encontré un puesto de flores abierto y tuve que salir a buscar en los jardines.

Bertha lo hace pasar con un gesto y huele el ramo de flores. Los movimientos de ambos son torpes por la falta de espacio. Ambos se quedan viendo fijamente. Julio se pone nervioso.

Bertha: ¿Y cómo estás?

Julio: Bien, ¿y tú?

Bertha: Bien. *(Pausa.)* Espera. Regresa y toca otra vez. Algo no está funcionando.

Julio: ¿Qué dices?

Bertha: Sí, toma el ramo de flores y sal. Otra vez, por favor.

Julio está desconcertado pero divertido. Sale, Bertha cierra la puerta y se coloca nuevamente. Tocan a la puerta.

Bertha: ¿Quién?

Julio: Soy yo.

Bertha: ¿Quién?

Julio: Julio.

Bertha abre la puerta. Se sorprende al ver a Julio con un ramo de flores.

Bertha: ¿Son para mí?

Julio: Si, disculpa que sea un ramo tan simple, pero es que...

Bertha besa a Julio. Bertha cierra la puerta y lo hace pasar con un gesto mientras huele el ramo de flores.

Bertha: ¿Te ofrezco algo?

Julio: No, gracias, estoy bien.

Bertha: ¿Cómo te fue hoy?

Julio: Bien... Bueno, un poco mal... Fue un día raro.

Bertha: No importa. Ya casi acaba. Todos tenemos días malos. Lo mejor es que todo empieza otra vez.

Julio: Sí.

Silencio.

Bertha: ¿Seguro que no quieres nada?

Julio: No, gracias.

Bertha: ¿En serio?

Julio: Sí. De verdad.

Bertha: Tengo una sorpresa para ti.

Julio: ¿Sí? No te hubieras molestado.

Bertha: Pero antes de dártela, quiero que me preguntes qué hice hoy. Quiero que te intereses por lo que hago.

Julio: ¿Qué hiciste hoy?

Bertha: Tuve un día muy ajetreado, hice muchas cosas. *(Pausa. Bertha indica con un gesto a Julio que le siga preguntando.)*

Julio: ¿Cómo qué cosas?

Bertha: Fui a una fiesta.

Julio: Qué bien.

Bertha: ¿Quieres saber de qué fue la fiesta?

Julio: No creo que sea nece...

Bertha: Y conocí a alguien.

Julio: ¿A quién?

Bertha: Un cristiano.

Julio: No me interesa.

Bertha: Es un buen muchacho. Un poco ingenuo, no sabe hablar de otra cosa que no sea Dios, ¿puedes creerlo?

Pausa.

Bertha: Ahora te daré tu sorpresa.

Bertha sale. Julio está desconcertado. Se asoma a la ventana. Morian aparece del mismo lugar de donde acaba de salir Bertha. Ambos se quedan viendo.

Morian: Buenas noches, hermano.

Julio: ¿Qué haces aquí?

Morian: Haciéndote un favor.

Julio: Bertha...

Bertha sale detrás de Morian y lo abraza.

Bertha: ¿Te gusta la sorpresa?

Julio: Ya entendí. Es una venganza, me quieres dar celos.

Bertha: No. Para nada. Tómallo como una cordial invitación.

Julio: ¿A qué te refieres?

Bertha: El predicador y yo nos entendimos.

Julio: Ya veo.

Bertha: Pero no pienses mal. Es sólo por hoy. El hermano sólo va a divertirse un poco con nosotros.

Julio: Mejor me voy a dormir. No entiendo.

Bertha: Es fácil.

Julio: Jamás debí hacerte caso.

Bertha: Tienes que ceder un poco, Julio. Así funcionan estas cosas.

Julio: Yo no voy a permitir algo así.

Bertha: ¿Me quieres?

Morian: Creo que no es buena idea, Bertha.

Bertha: No es momento de arrepentirse.

Morian: Ya no quiero.

Julio: ¿Cómo se te ocurre meter en esto a un tipo así?

Bertha: Cálmense los dos.

Morian: Es muy tarde. Lo siento.

Morian se dispone a salir.

Bertha: ¿En qué quedamos, Morian? ¿Ya no quieres saber qué se siente?

Julio: ¿De qué hablas?

Bertha: No te metas en esto.

Bertha besa a Morian y lo toca. Morian trata de resistirse. Bertha observa a

Julio mientras sigue besando a Morian.

Julio: No voy a hacer nada.

Bertha: Sí, lo sé. Lo sé

Bertha comienza a desnudar a Morian. Julio se dispone a salir. Duda, observa a Bertha y Morian. Regresa y cierra la ventana.

Eleuterio entra corriendo con un bulto envuelto en una gabardina. Aún trae puesto el traje de baño del acto anterior. Eleuterio deja el bulto en el piso.

Eleuterio: ¿Qué día es hoy, Daniel? ¿No sabes qué día es hoy? ¿Qué hora es? ¿Quieres saber? Son las 11:55. Eso quiere decir que aún quedan cinco minutos para que deje de ser domingo. Y yo te dije por teléfono que nos veríamos hoy. Así que esta vez, papá si cumplió con su promesa.

Mamá no está. Hoy te toca estar conmigo ¿no, hijo? Ya es hora de que mi niño y yo tengamos unos momentos juntos. Ya no vamos a separarnos. No puedes verla ahora, pero te compré una alberca y arriba hay globos de colores y allá dentro hay una pelota muy grande. Todo eso te compró tu papá para pasar el día contigo. Cuando despiertes lo verás. Primero vamos a jugar en la alberca. Vas a meterte a la alberca con papá. Y vas a ver qué bien nos la vamos a pasar.

Eleuterio se mete a la alberca abrazando el bulto.

Eleuterio: ¿Te gusta, Daniel? Estuve esperando todo el día que vinieras. ¿Te gusta el departamento? ¿Crees que está bonito? ¿Qué más quieres, hijo? No puedo tener algo más grande. No me alcanza. ¿Ves la pelota roja? Es tuya. Y estos sándwiches eran para ti. Tienen queso y jamón. Aunque tu papá es tonto y olvidó que el jamón te hace daño, así que no podrás comerlos. Pensé que podríamos nadar, aunque sea en un pedacito. Los dos. Pensé tantas cosas para este día. Y tu mamá dice que no pongo de mi parte. ¡QUE NO PONGO DE MI PARTE! Daniel, ¿Qué más quieren? ¿Te gustó todo lo que hice? No te asustes, hijo. En un rato te llevo a la cama.

Tania entra muy alterada y visiblemente golpeada. Trata de acercarse a Eleuterio que se levanta sin salirse de la alberca y sosteniendo al bulto.

Eleuterio: Ahí, quédate. No te muevas

Tania: ¿Qué le hiciste?

Eleuterio: Nada, nada. Está dormido. Shhh.

Tania: Dame al niño, Eleuterio.

Eleuterio: Tania, perdón...

Tania: Cállate.

Eleuterio: Baja la voz. Todos están dormidos.

Tania: Entrégamelo o grito.

Eleuterio: Perdón, no lo vuelvo a hacer.

Tania: Tengo que llevarme a mi niño.

Eleuterio: No sé qué salió mal. Estaba todo bien.

Tania: Suéltalo.

Eleuterio: No.

Tania: Por favor, Eleuterio.

Eleuterio: Cálmate. Toma un vaso. El que está ahí. Es para ti.

Tania: ¡No quier nada!

Eleuterio: No te voy a dar al niño si no te callas.

Tania: ¡Eres un pendejo!

Eleuterio: ¡Cállate! ¡Mierda! ¡Cállate! Creo que las cosas no se van a arreglar así.

Tania: Me lo tengo que llevar.

Eleuterio: ¿Quieres que te lo dé?

Tania: Sí.

Eleuterio: Entonces cállate y acércate.

Tania: No hagas esto más difícil.

Eleuterio: No va a pasar nada. Sólo quería verlo. Nada más. Acércate.

Tania se acerca, Eleuterio la abraza.

Eleuterio: Estoy mal, Tania. No debí hacerlo. Vamos a estar juntos.

Tania aprovecha el momento para quitarle el bulto a Eleuterio. Tania lo descubre.

Tania: ¿Qué le hiciste?

Eleuterio: Nada. Se desmayó. Va a estar bien.

Tania: No te creo. ¿Por qué está así? Daniel, despierta... Chiquito...

Eleuterio: No le hice nada, entiende. Sólo quería estar con él. Estaba muy asustado y de repente dejó de llorar ¿Qué más quieres que te diga? No recuerdo bien.

Tania trata de reanimar al niño, pero no lo consigue.

Eleuterio: Le di agua. Sólo un poco de agua....

Tania: Si le pasa algo... Daniel, hijo... ¿Qué hiciste?

Eleuterio: Enseñarle los globos, nadar... comer... Tú estabas conmigo, en tu recámara y luego... No se puede hablar contigo, Tania, siempre gritas... Luego tú estabas en el piso, dormida y Daniel veía desde la puerta, lloraba... Traté de hablar con él pero no se callaba... Preparé un vaso de leche... Las pastillas...

Eleuterio trata de acercarse pero Tania sale corriendo.

Eleuterio: No, no te vayas. Tenemos que hablar. Es importante ¿A dónde vas?

Tania... Revisé mis bolsillos y se quedaron vacíos. ¿En qué momento fue, Tania? No sé. Llevé las pastillas pero no me las tomé. No me acuerdo. Eran como veinte,

de colores, la mayoría azules. ¡Tania! Las tomé antes de salir ¿o no? ¿Quién se las tomó? Lo siento. Está empezando a hacer frío. Supongo que ya no podré ver a Daniel. Estuvo bien para ser domingo, un buen día. Jamás pensé que haría algo así, Tania. Las hice polvo para callarlo. Se tomó la leche. Eso pasó, Tania. Voy a esperar aquí, hasta que regreses con mi niño. Eso de joder a la gente es muy común aquí, ¿no? Pero no es correcto, yo quería estar con él. ¿Qué te parece si lo traes el próximo domingo? Haré carnes asadas y me vestiré de payaso.

Eleuterio se mete en la alberca nuevamente. Se coloca los googles. Y sumerge su cabeza en el agua por largo tiempo. Vuelve a salir.

Eleuterio: Pero ya no será aquí, Tania. Les dejaré este lugar y buscaré algo más grande, con un gran jardín y rentaré sillas, mesas, inflables... Ya no voy a estar aquí... ¿Qué te parece, Tania?

Eleuterio se sumerge otra vez. Oscuro.

Fin de la obra